

(Núm. 4.)



DOÑA JUANA DE ACEBEDO.

PRIMERA PARTE.

Hombres que andais por el mundo
 por cumplir vuestros deseos,
 por ver tierras y saber
 lo que hay de un reino á otro reino;
 ninguno niegue su patria
 sin tener impedimento,
 porque es mucha desventura
 la de un pobre forastero;
 y si lo quereis saber
 de mí tomareis ejemplo.
 Yo nací en Andalucía,
 la que es la flor de los reinos,
 y en Arcos de la Frontera
 pasé mis años primeros.
 Sali dejando mi patria,
 llevado del pensamiento
 de ver á la gran Sevilla,
 que es madre de forasteros.

Se me ofreció una tarde,
 por holgar el pen-amiento,
 dejando imaginaciones,
 y por alegrar el pecho,
 salirme á mirar las aguas
 del Guadalquivir soberbio,
 deleitándome en sus olas,
 como corrian sin freno,
 hechas montañas de espuma
 de aquel valdragon soberbio.
 Vi venir una carroza
 con seis nobles caballeros,
 los mejores de Sevilla,
 que en sus católicos pechos
 veneran las encomiendas
 de Guzmanes y Carreros.
 Cada cual lleva su esposa
 al deleite y al paseo;

y para mayor grandeza
y mayor merecimiento,
la hija del Asistente,
doña Juana de Acebedo,
que en su gala y gentileza
era una garza á lo menos,
en su carroza dorada,
cubierta de terciopelo,
y un águila coronada
encima con un letrero
que dice: volando voy
con esta hermosura al cielo:
viéndome con traje humilde
caso de mí no hicieron,
porque la mucha pobreza
es causa de menosprecio.
Llegando á orillas del agua
se apartan los caballeros,
todos de la mano sacan
á este reluciente espejo,
las sedas y los brocados
arrastrando por el suelo.
Sucedió que en la ocasión
venia un toro huyendo
de unos hombres de á caballo,
muy mal herido y sangriento:
se entró por una arboleda,
que de vista le perdieron,
el aire lleva en los pies,
y corre á la par del viento.
Una sierpe en cada ojo,
trae en la boca el veneno,
con un rayo en cada punta,
que es un disparado trueno.
Las mujeres daban voces
invocando á Dios del cielo;
pero los seis Alejandro
se preparan con empeño,
y arrancando las espadas
al toro fuerte acudieron.
A dos de ellos echó en alto,
dejándolos casi muertos,
y los cuatro libremente
prestaron alas al viento.
Entretanto las señoras
entre las hojas de un fresno

de su tronco se ampararon
que aquesta dicha tuvieron,
dejándose á doña Juana
sola en mitad del desierto;
llega el toro embravecido
y la levantó en los cuernos.
Compadecido de verla,
antes que llegara al suelo,
de mi lastima movido
lo llamé con el sombrero;
tan diestramente jugó
mi brazo el brillante acero,
que á la primer estocada
en mis plantas cayó muerto.
Volvimos á doña Juana,
que estaba tendida al suelo,
toda la ropa arrollada,
cubierto de frío el cuerpo,
llena de polvo y arena;
y yo de lastima tierno,
la levanté de la mano,
me puse á mirarla atento,
vi á la imagen de la muerte
un clavel pálido y yerto,
vi una luna eclipsada,
y quebrarse vi un espejo.
De los brazos me la quitan
las damas y caballeros
entendiendo que es difunta;
y á la carroza volviendo
dan la vuelta hacia Sevilla
con cuatro mulas corriendo:
con la prisa y desaliño
de mí no se despidieron,
ni fueron para decirme:
Dios te lo pague, mancebo,
la diligencia y peligro
que en esta ocasión te has puesto.
Donde esperaba ventura
quedé como de primero,
solo, triste, en tierra ajena,
pobre y sin ningún remedio.
A otro día de mañana
pasé por su casa á tiempo
que estaba su mayordomo
refiriendo este suceso;

entrometí una palabra,
y le dije: caballero,
¿qué tal está esa señora?
que me pesa, vive el cielo,
su desgracia, pues al verla
no pude llegar mas presto.
Y el bárbaro me responde,
lleno de cólera y ciego:
mire el patán que pregunta:
¿qué le va al pastor en eso?
¿pues él ha de tener boca
para mentarla en un pelo?
Tan enfadado me puse
y salto de sufrimiento
que le di unas puñadas,
y le diéramas de ciento
á no acudir tanta gente,
y la justicia con ellos.
Me llevaron á la cárcel;
donde allí vi muchos presos,
me pidieron la patente,
y les dije: caballeros,
soy un pobre desvalido
y no tengo ni un remedio;
y viendo que no tenía
cosa con que socorrerlos,
me agarraron al instante
entre cuatro ó cinco de ellos,
y allí en una pila de agua
de cabeza me metieron,
donde hice mil gorgoritos
(amigos, la verdad cuento.)
Compadecido de verme
un alentado mancebo
de un oscuro calabozo
salió cargado de hierro,
á quien todos le tenían
y le guardaban respeto.
Aqueste fue mi padrino,
que donde hay malos hay buenos:
me llevó á su calabozo,
consolándome y diciéndo:
amigo, tener paciencia,
que aquí todos la tenemos;
¿qué causas ó qué delitos
te han traído á tal extremo?

Yo le dije: mis pecados,
esto es permision del cielo;
hará tres dias cabales
que entre parientes y deudos
en Arcos me paseaba
de dos mil placeres lleno;
y ahora por mis pecados
en esta cárcel me veo
solo y sin ningun consuelo,
por dar la vida á una dama
ahora vivo muriendo,
no porque su amante sea,
ni menos pretendo el serlo.
La hija del Asistente,
doña Juana de Acebedo,
ayer tarde la libré
en su infeliz paseo
de un toro y no conoció
quién la libró de aquel riesgo.
Pasé por su casa hoy mismo,
y á un paje ó escudero
pregunté por su salud;
mas el bárbaro insolente
me maltrató de palabras;
yo falto de sufrimiento
le he dado de puñadas,
y de lo cual me arrepiento,
donde por este delito
habré de regir un remo.
Me respondió: amigo mio,
concedo con todo eso,
pues me has dicho tu vida,
contarte la mia quiero.
Diez años fui capitán
de famosos bandoleros:
quité vidas, robé haciendas
hurté joyas y dineros
donde por estos delitos
en esta cárcel me veo
con tres sentencias de muerte
sin tener ningun remedio;
pero yo confío en Dios
y en la Reina de los cielos,
el alma es la que la mando,
y pague el delito el cuerpo;
pero vos, amigo mio,

muy presto tendreis remedio.
Una carta le escribió
al Asistente el mancebo,
y en su nombre se la envía,
diciendo: gran caballero,
de noble sangre hidalgo,
y de Sevilla el gobierno,
duélete en un delicuente
que en la cárcel tienes preso.
Yo soy aquel que libró
ayer tarde en el paseo
de los brazos de la parca
á la que llaman espejo
de vuestra casa, y por ella
yo maltraté al escudero.
Perdone vueseñoría
por un yerro y otro yerro,
que si ultrajé al mayordomo
yo levanté hasta el cielo
á doña Juana, y así
que me deis libertad quiero.
Leyendo estaba la carta
el conde en el aposento,
la hija desde su cuarto
todo lo estaba oyendo;
respondió desde la cama
con altas voces diciendo:
no es esa paga de nobles,
por afrentada me tengo,
quien á mí me dió la vida
que ahora viva en encierro.
A lo que el padre responde:
hija, no seguirá preso,
te lo ofrezco, y al instante
á un criado mandó presto
á la cárcel y pregunte
por este noble mancebo.
Se fue el criado á la cárcel,
dándome el recado luego.
—Dí á tu señor y mi dueño,
que estimo á su merced
los favores que me ha hecho;
aquí estoy para servirle
ahora y en todo tiempo;
mas que no puedo salir,
que tengo en la cárcel preso

á un deudo mio, y quisiera
por él alcanzar lo mismo.
Volvió el criado á su casa;
pero doña Juana viendo
que va solo, le pregunta
por este noble mancebo.
—Dice, señora que tiene
dentro de la cárcel preso
á un deudo suyo, y quisiera
que hiciérais con él lo mismo.
—Corre y dí que les suelten,
y que mas no queden presos,
siendo mi gusto que salgan
que deseo el conocerlos.
Volvió el criado á la cárcel,
los echan fuera al momento:
salen los dos á la calle.
Romero y el bandolero,
tiernamente se abrazaron,
estas palabras diciendo:
amigo, guárdete Dios,
que por tí la vida llevo;
¿con qué te podré pagar
una vida que te debo?
Se separaron los dos;
entrando Alonso Romero,
saludando á doña Juana,
la contó todo el suceso,
del modo como pasó
cuando hirió al escudero.
Respondióle doña Juana,
por cierto que está bueno esto,
quien por mi salud pregunta
en el alma lo agradezco;
no ha de parar en mi casa
una hora ni un momento.
De allí fue á servir al rey,
se embarcó en un barquichuelo,
quedando con este encargo
el buen Alonso Romero.
Este es el primer romance
que refiere este suceso,
y en el segundo verán
como este honrado mancebo
se casó con doña Juana,
dando aquí fin el suceso.



SEGUNDA PARTE,

EN LA QUE DAN FIN LOS LANCES

DE DOÑA JUANA DE ACEBEDO.

Ya sabreis como salió
des terrado por Romero,
de Sevilla el mayordomo,
y fué á servir al rey nuestro
en las gubernas de España,
adonde renegó, el perro,
que es verdugo de cristianos
y al bandido mas soberbio.
Dejem s á este homicida
con su bárbaro intento,
y vamos á doña Juana
que del mayordomo nuevo,
enamorado y rendida
anda que bebe los vientos.
Como es valiente y galán
y de lindo entendimiento,

y como la dió la vida,
dispuso fuese su dueño.
Se fue una noche á su cuarto
amparada del silencio,
y entre sus brazos rendida,
le dice: despierta, dueño,
que tan descuidado duermes
del firme amor que te tengo,
y me tienes tan rendida
que con desvelos no duermo:
tuya soy, tú me ganaste,
que eso negarlo no puedo.
Entonces abrió los ojos,
viendo aquel ángel tan bello,
que le está echando favores
sentada en el blando lecho;

como está en paños menores
parece su rostro un cielo,
sus mejillas son dos rosas,
sus ojos son dos luceros.

—Doña Juana, ve á tu cuarto
y á tu amor le pongas freno,
que yo no igualo contigo
en calidad ni en dinero:
mira que tu padre es conde,
y yo de mi nacimiento

soy pobre, aunque es verdad
de buenos comportamientos,
buena sangre me acompaña
que heredé de mis abuelos.

Y la dama le responde:

convengo con todo eso,
hija soy de Adán y Eva,
tú también eres lo mismo,
y por casarme contigo
yo no ofendo al Dios del cielo,
y pues que no ofendo á Dios,

contigo casarme quiero;
que eres hombre, y donde quiera
que tú fueres, irme quiero;
que para nuestro regalo
cuatro mil doblones tengo
en el rincón de aquella arca,
atados en un lenzuolo,
por donde quiera que fueres
no te faltarán dineros.

Viendo la resolución
el buen Alonso Romero
de lograr tan bella flor,
la mejor dama del pueblo;
allá como á media noche
cuando todo está en silencio,
Romero se levantó,

y la dice: claro espejo,
antes que seamos sentidos
busquemos nuestro remedio.

Y para mas brevedad,
ensilla un caballo negro,
y mientras lo está ensillando,
la dama con lindo acuerdo
le trajo dos carabinas,
y de su padre un colete;

y ella se mudó de ropa,
calzon, capa y sombrero:
se salen la puerta fuera
con gran cuidado y secreto
y á pocos pasos que han dado
han tenido un mal encuentro,
que les sorprendió la ronda
y el Asistente con ellos,
que es padre de doña Juana,
y les dice: caballeros,
¿quién vá? tened á la justicia,
póngase luego en el suelo;
en breve dió la respuesta,
y fué matando uno de ellos
al soplo de una pistola,
quedó tendido en el suelo,
y un corchete diligente
mas veloz que el pensamiento,
asió del caballo las riendas;
pero lista mas que un trueno,
doña Juana, le volcó
con dos balazos el pecho.

Quedaron los dos tendidos
pidiendo los Sacramentos
y ellos se salen al campo,
que vieron el cielo abierto.

Toda la noche caminan
ya que viene amaneciendo,
se ocultan en un arroyo
entre unos árboles frescos.

Dijo el galán á la dama:
¿sabrás, mi bien, lo que siento
el verte ahora sentada
en aqueste humilde suelo,
nosabiendo tú pisar
sino alfombras de gran precio?

La enamorada responde
por darle mayor consuelo:
no he tenido yo en mi vida
gusto como el que ahora tengo,
no habrá para mí trabajos
mientras tú fueres mi dueño;
lo que quisiera saber
dónde va tu pensamiento:
y él dijo: solo en ti
todo mi cuidado llevo.

No es eso lo que pregunto,
sino á qué patria ó qué reino,
y si hemos de entrar en Arcos,
eso es lo que saber quiero.
Y él dice: á mi tierra no,
sino á otra parte mas lejos;
ya sabrás que en Gibraltar
un hermano mio tengo;
allá iremos, y en su casa,
será nuestro casamiento.
Pasaron todo aquel día
en este entretenimiento,
y apenas vino la noche
vuelven á montar ligeros,
y al salir el sol se hallaron
en unos montes espesos,
en las tierras de Jerez,
causa de su sentimiento,
donde hallaron una cueva,
y ambos se metieron dentro;
cuando miraron se hallaron
con veinte y seis bandoleros.
Quiso entonces defenderse,
y no se atrevió á hacerlo,
porque se vió cercado
con muchas armas de fuego.
Aquí sí que era de ver
los llantos y los lamentos
que doña Juana hacía
por ver á su amante preso,
y entre penas y suspiros
invocando al Dios del cielo.
A Romero lo despojan
de sus armas y dinero,
y atado de piés y manos
está tendido en el suelo,
tiernamente suspirando,
su fortuna maldiciendo:
no siente su vida ya,
mas lo que siente su pecho
es ver á su dulce esposa
entre tanto lobo hambriento,
que como ven que es mujer
y tiene en su rostro un cielo,
dentro de la cueva bailan
los ladrones de contento.

Salió el capitán afuera
cubriendo su rostro en lienzo
y á sus amigos les dice:
¡oh qué gran dicha tenemos,
que aquesta pájara hermosa
para mi regalo quiero!
Ea, cojan al galán
y para lograr mi intento,
amárrenlo en aquel árbol,
que he de hacer con él un hecho,
y ha de ser tirar al blanco;
y miren que les advierto
que aquel que no le acertase
con él he de hacer lo mismo.
Ya puestos para tirarle
como tenían dispuesto,
fué la linda doña Juana
entrambos brazos abiertos,
tapando á su esposo y dice:
no permita Dios del cielo
que yo te vea morir
siendo yo la causa de ello;
aquí moriremos ambos
ya que no hay otro remedio.
Volvió la cara al capitán
estas palabras diciendo:
detente, señor, detente,
pon á tu soberbia freno,
ya que nos tienes allá
nuestras prendas y dinero,
las vidas por Dios te pido;
mira que te mira el Cielo,
y que te ha de pedir cuenta
en el Tribunal Supremo.
Se enterneció el capitán,
no por ser él lastimero
sino porque era el mismo
capitán de bandoleros
que estuvo preso en Sevilla,
y lo libertó Romero.
Se quitó la mascarilla
descubriendo cara y pecho,
dice: conóceme, amigo,
no tengas ningún recelo,
que aunque soy hombre cruel
en este monte desierto,

no dejaré de pagarte
una vida que te debo
con darte la tuya ahora
y la dama en premio.
Ved aquí vuestro caudal,
vuestras prendas y dineros,
y tambien de mas á mas
recibe allá esos mil pesos:
si quieres que te acompañe
con todos mis compañeros,
por donde quiera que fueres,
iré en tu acompañamiento.
—Vivas mil años, amigo,
que en el alma lo agradezco.
Aquel dia el capitán
los regaló con conejos;
así que vino la noche
tendiendo su manto negro,
montaron en sus caballos
que dejan atrás el viento;
caminan toda la noche
hasta que fué amaneciendo:
se hallaron en Gibraltar,
ya el alba iba rompiendo,
hallan las puertas cerradas,
y como van de secreto
se apartaron del camino
á darle tributo al sueño.
Había saltado en tierra
de moros un barquichuelo
que se iba á recoger,
y se encontraron con ellos,
entre los cuales venia
el renagado soberbio,

el que sirvió á doña Juana
aquel que hirió Romero,
y así que los conoció
esta plática le ha hecho:
¡oh señora doña Juana
cómo ya se trocó el tiempo!
que si fuí criado tuyo,
ahora seré tu dueño,
y á tu pulido galán
que me ultrajó con despecho,
y que tengo en la memoria,
en mi casa daré el premio,
que allí tengo una taboia
para su entretimiento.
Toda esa arenga llevaba
con los dos cautivos nuevos;
mas Dios al que es su devoto
socorre en tales aprietos.
Cuando miraron se hallaron
en manos de aquel armenio,
del Papachin y su armada
se rindieron al momento.
Viendo aquesto el renegado
como no logró su intento,
se arrojó al mar, donde fue
sepultura de su cuerpo.
Doña Juana muy gozosa,
quedandole libre Romero,
entraron en Gibraltar,
abrevian el casamiento.
Súpolo despues su padre,
el cual está satisfecho,
y hoy viven los dos amantes
muy alegres y contentos.

FIN.

MADRID.

Despacho de Marés y Compañía, calle de Juanelo, núm. 19.